

'El colibrí' de Sandro Veronesi

No puedo seguir, seguiré.
SAMUEL BECKETT

PODEMOS DECIR (1999)

El barrio de Trieste de Roma es, podemos decir, un centro de esta historia que tiene muchos otros centros. Es un barrio que siempre ha oscilado entre la elegancia y la decadencia, el lujo y la mediocridad, el privilegio y la vulgaridad, y de momento no digamos más: de nada sirve seguir describiéndolo, porque hacerlo al principio de la historia podría resultar aburrido, incluso contraproducente. Además, la mejor descripción que podemos hacer de un lugar es contar lo que en él sucede, y en este lugar va a suceder algo importante.

Digamos que una de las cosas que suceden en esta historia hecha de muchas otras historias sucede en este barrio de Trieste de Roma una mañana de mediados de octubre de 1999, exactamente en la esquina de la calle Chiana con la calle Reno, en el primer piso de uno de esos edificios que, como decimos, no vamos a describir, en el que ya han pasado miles de cosas más. Solo que lo que va a suceder es decisivo y, podemos decir, potencialmente fatal para la vida del protagonista de esta historia. Doctor Marco Carrera, dice la placa que hay en la puerta de su consulta, oculista y oftalmólogo; en esa puerta que aún lo separa, aunque por poco tiempo, del momento más crítico de su vida, la cual ha tenido muchos otros momentos críticos. Porque dentro de la consulta, situada en el primer piso de uno de esos edificios, etcétera, tenemos al doctor Marco Carrera, que está prescribiéndole un medicamento a una vieja dama que padece blefaritis ciliar: colirio antibiótico, que le manda después de haberla sometido a un novedoso e incluso, podemos decir, revolucionario tratamiento a base de Nacetilcisteína aplicada al ojo, tratamiento que ya ha resuelto en otros pacientes suyos el problema más grave de esta enfermedad, que es la tendencia a cronificarse. Pero fuera de la consulta tenemos al destino, que se dispone a llevárselo por delante en la persona de un hombrecillo llamado Daniele Carradori, calvo y con barba, pero dotado de una mirada, podemos decir, magnética, que no tardará en fijarse en los ojos del oculista, infundiendo en ellos primero incredulidad, luego desconcierto y por último un dolor que su ciencia (la del oculista) no podrá curar. Es una decisión que el hombrecillo tiene ya tomada y que lo ha llevado a la sala de espera de la clínica, en la que en ese momento está sentado, mirándose los zapatos, sin disfrutar de la rica oferta de

revistas recientes –no de hace meses y manoseadas– que hay encima de las mesitas. Es inútil esperar que cambie de idea.

Y ocurre lo que tenía que ocurrir. Se abre la puerta de la consulta, la anciana blefarítica franquea el umbral, se vuelve para darle la mano al doctor y se dirige al escritorio de la secretaria para pagar la receta (120.000 liras), mientras Carrera invita a entrar al siguiente. El hombrecillo se levanta, entra en la consulta, Carrera le estrecha la mano y le dice que se siente. En un tocadiscos marca Thorens, ya anticuado –aunque, en su momento, fue de los mejores–, que hay en una estantería junto con su fiel amplificador Marantz y dos altavoces de ébano AR6, está sonando, a volumen bajísimo, el disco de Graham Nash *Songs for Beginners* (1971), cuya enigmática portada, apoyada contra dicha estantería, y en la que se ve al susodicho Graham Nash con una cámara de fotos en un entorno de difícil interpretación, es el objeto más llamativo de la estancia. La puerta se cierra. Y ocurre lo que tenía que ocurrir. La membrana que protegía al doctor Carrera del choque emocional más fuerte de su vida, la cual ha tenido otros muchos choques emocionales fuertes, ha desaparecido.

Recemos por él y por todos los barcos que hay en la mar.

POSTAL APARTADO DE CORREOS (1998)

*Luisa LATTES
Poste Restante
59-78 rue des Archives
75003 Paris
France
Roma, 17 de abril de
1998*

Trabajo y pienso en ti.

M.

SÍ O NO (1999)

- Buenos días. Soy Daniele Carradori.
- Marco Carrera, buenos días.
- ¿No le suena mi nombre?
- No. ¿Tendría que sonarme?
- Sí.
- Lo repite, por favor.
- Daniele Carradori.

- ¿Es usted el psicoanalista de mi mujer?
- El mismo.
- Ya. Usted perdone, pero no pensé que fuéramos a conocernos. Siéntese. ¿Qué puedo hacer por usted?
- Escucharme, doctor Carrera. Y cuando le haya dicho lo que tengo que decirle, no denunciarme, si es posible, ante el Colegio de Médicos ni ante la Sociedad Psicoanalítica Italiana, lo que, como colega que es, podría usted hacer fácilmente.
- ¿Denunciarle? ¿Y por qué?
- Porque lo que voy a hacer está prohibido y en mi profesión se castiga muy severamente. No lo he hecho en mi vida ni imaginé que tuviera que hacerlo, pero tengo razones para creer que se halla usted en grave peligro y soy la única persona en el mundo que lo sabe. Por eso he decidido informarle, aunque al hacerlo infrinjo una de las reglas fundamentales de mi profesión.
- ¡Diantre! Pues usted dirá.
- Pero antes he de pedirle un favor.
- ¿Le molesta la música?
- ¿Qué música?
- No, nada. ¿Qué favor?
- Quisiera hacerle unas preguntas, solo para confirmar una serie de cosas que se me han dicho de usted y de su familia y descartar que se me haya pintado un cuadro inexacto. Lo creo bastante improbable, pero no puede descartarse del todo. ¿Le parece bien?
- Sí.
- Me he traído unas notas. Conteste solo sí o no, por favor.
- De acuerdo.
- ¿Empiezo?
- Empiece.
- ¿Es usted el doctor Marco Carrera, de cuarenta años, nacido en Florencia, licenciado en medicina y cirugía por la Universidad de La Sapienza de Roma y especializado en oftalmología?
- Sí.
- ¿Es hijo de Letizia Delvecchio y Probo Carrera, arquitectos, jubilados y residentes en Florencia?
- Sí, pero mi padre es ingeniero.
- Ah, vale. ¿Es hermano de Giacomo, que es algo más joven que usted y reside en Estados Unidos, y de Irene, que, y usted perdone, murió ahogada a principios de los años ochenta?
- Sí.
- ¿Está casado con Marina Molitor, de nacionalidad eslovena, azafata de tierra de Lufthansa?

- Sí.
- ¿Es padre de Adele, de diez años, que va a quinto curso en un colegio público que hay cerca del Coliseo?
- El Vittorino da Feltre, sí.
- ¿Y que entre los dos y los seis años decía que llevaba un hilo atado a la espalda, por lo que ustedes, sus padres, consultaron a un psicólogo infantil?
- El Mago Manfrotto...
- ¿Cómo dice?
- Así lo llamaban los niños. Pero el problema del hilo en la espalda no lo resolvió él, aunque Marina piense que sí.
- Entiendo. ¿Es verdad, pues, que consultaron a un psicólogo infantil?
- Sí, pero no veo qué tiene eso que ver...
- Usted entiende por qué le hago estas preguntas, ¿verdad? Solo tengo una fuente de información y estoy comprobando que sea fidedigna. Es una precaución que no puedo dejar de tomar, dado lo que he venido a decirle.
- Vale. ¿Y qué ha venido a decirme?
- Unas preguntas más, si no le importa. Serán preguntas un poco más íntimas, a las que le ruego que me responda con la misma sinceridad. ¿Le parece bien?
- Sí.
- ¿Es usted aficionado a los juegos de azar?
- Ya no.
- Pero en el pasado sí lo fue, ¿verdad?
- Sí; en el pasado, sí.
- ¿Y es verdad que hasta los catorce años fue usted mucho más bajo que los de su edad, hasta el punto de que su madre lo apodó el Colibrí?
- Sí.
- ¿Y que a los catorce años su padre lo llevó a Milán y lo sometió a un tratamiento experimental con hormonas, tras el cual alcanzó usted la estatura normal y creció casi dieciséis centímetros en menos de un año?
- En ocho meses, sí.
- ¿Y es verdad que su madre se oponía, es decir, quería que siguiera usted siendo bajo, y que lo de llevarlo a Milán fue el único acto de autoridad realizado por su padre en el ejercicio de sus funciones parentales, dado que en su familia, y perdone usted que utilice el lenguaje con el que se me ha dado este dato, no pinta nada?
- ¡Ja! No es verdad, pero teniendo en cuenta quién le ha dicho esas cosas, así es, Marina siempre ha estado convencida de eso.
- ¿No es verdad que su madre se oponía o que su padre no pinta nada?

– No es verdad que mi padre no pinte nada. Pero es la impresión que siempre ha dado a muchos, sobre todo a Marina. Son dos caracteres tan distintos que casi siempre...

– No es preciso que me explique nada, doctor Carrera. Contesté solo sí o no, ¿de acuerdo?

– De acuerdo.

– ¿Es verdad que ha estado usted siempre enamorado de una mujer, una mujer con la que mantiene una relación amorosa desde hace muchos años y que se llama Luisa Lattes, actualmente residente en...?

– ¿Cómo? ¿Quién le ha dicho eso?

– Adivine usted.

– ¡No es posible! Marina no puede haberle dicho...

– Responda solo sí o no, por favor. Y procure ser sincero, para que yo pueda saber si mi informante es creíble. Sigue usted enamorado o puede haberle dado a su mujer la impresión de que sigue enamorado de la tal Luisa Lattes, ¿sí o no?

– ¡No!

– ¿Y no la ve en secreto cuando va a algún congreso en Francia, o en Bélgica, o en Holanda, o sea, en lugares no muy distantes de París, donde vive ella? ¿Ni en verano, en Bolgheri, donde pasan las vacaciones en casas vecinas?

– ¡Eso es absurdo! Nos vemos los veranos en la playa con los hijos y a veces hablamos, pero nunca hemos tenido una «relación amorosa», como usted dice, ni menos aún nos vemos en secreto cuando voy a congresos.

– Entienda usted que no he venido a juzgarle. Solo quiero saber si lo que me han dicho es verdadero o falso. ¿Es falso, pues, que ve a esta mujer en secreto?

– Es falso, sí.

– ¿Y descarta usted que su mujer pueda estar convencida de ello aunque no sea verdad?

– ¡Pues claro que lo descarto! Incluso se han hecho amigas. Van juntas a montar a caballo, quiero decir, ellas dos solas: nos dejan a los críos a los maridos y se pasan la mañana paseando por el campo.

– Eso no demuestra nada. Se puede ser amigo de una persona y verla todos los días precisamente porque se tienen unos celos enfermizos.

– Sí, pero no es el caso, créame. Marina no tiene celos enfermizos de nadie, yo le soy fiel y ella lo sabe. ¿Y ahora quiere decirme por favor por qué estoy en peligro?

– ¿Entonces hace años que se cartean, usted y la tal Luisa?

– ¡No!

– ¿Cartas de amor?

– ¡Que no!

– ¿Es usted sincero, doctor Carrera?

- ¡Sí!
- Se lo pregunto una vez más: ¿es usted sincero?
- ¡Claro que soy sincero! Pero quiere decirme...
- Pues entonces le pido disculpas, porque, en contra de mis convicciones, que creía firmes, se lo aseguro, porque, si no, no habría venido, su mujer no ha sido sincera conmigo y por tanto no está usted en peligro, como creía, y no le molestaré más. Le ruego que olvide mi visita y no le hable de ella a nadie.
- ¿Qué? ¿Por qué se levanta? ¿Adónde va?
- Le pido otra vez disculpas, pero he cometido un grave error de apreciación. Adiós. Conozco el camino...
- ¡Ah, no! ¡No puede usted presentarse aquí, decirme que estoy en grave peligro por algo que le ha dicho mi mujer, interrogarme y luego irse como si tal cosa! ¡Ahora mismo me dice usted lo que tenía que decirme o lo denuncio al colegio!
- Cállese, por favor. La verdad es que no debería haber venido y punto. Siempre he creído que podía fiarme de lo que su mujer me contaba de sí misma y de usted, y si me he hecho una idea precisa del trastorno que padece fue justamente porque siempre la creía. Basándome en esto, y ante una situación que me ha parecido muy grave, he considerado que mi deber era actuar al margen de los límites que la deontología profesional me impone, pero ahora me dice usted que su mujer no ha dicho la verdad en un asunto tan fundamental como este, y si no la ha dicho en este, es probable que tampoco la haya dicho en muchos otros, incluidos los que me han hecho creer que se halla usted en peligro. Como le digo, se trata de un error mío, por el que le pido perdón una vez más, pero desde que su mujer dejó de venir a mi consulta me he preguntado si...